

RESEÑAS

GEORGES MOUNIN, *Claves para la lingüística*. Traducción de Felisa Marcos, Barcelona, Ed. Anagrama, 1970; 132 pp.

La utilidad de esta clase de libros para el estudiante que se inicia en las tareas lingüísticas es indiscutible. El autor se propone entregarnos una visión rápida del extenso panorama que presentan actualmente las investigaciones sobre la lengua. Quizá el mérito principal del autor, en su delicada labor "de difusión", sea su acertada técnica pedagógica y su aparente simplicidad para proponer los complejos problemas del lenguaje. El repudio a las fórmulas solemnes y complicadas le ayuda a entablar un diálogo agradable con el lector.

No duda Mounin en indicar pacientemente al no iniciado los libros que *no* debe leer, porque a su juicio "se carece entonces de una buena formación básica para distinguir (en ellos) lo que desde ahora está ya periclitado, o es incluso erróneo, de lo que sigue siendo un sólido sustento teórico para nuestra época" (p. 13). La enumeración de estas obras "no aconsejables", según el criterio del autor, resulta útil, porque puede generar una rectificación de opiniones o aportar un nuevo elemento de juicio para los asesores de los estudiantes que se inclinan por las investigaciones lingüísticas y que deben poseer un mínimo de lecturas básicas.

Habla también el autor del interés que tiene, para sacar provecho de las lecturas que señala, hacerlas en forma ordenada y gradual. Además insiste en la necesidad de que el estudiante asimile primero, en forma conveniente, el método de análisis que más le convenza, para que pueda lanzarse después a la exploración y conocimiento de otros. De esta manera tendrá un criterio y una información razonables, que le evitarán la posibilidad de naufragar bajo las olas de las múltiples teorías contemporáneas, que por su diversidad pueden generar confusión cuando no se está convenientemente preparado para juzgarlas.

Habla, con mucha razón, de dos tareas previas que se deben realizar antes de que se aborde el análisis lingüístico. La primera, adquirir conocimientos fonéticos, porque son los elementos con los que básicamente se va a trabajar. La segunda, obtener "una visión rápida pero coherente de la historia de

nuestra disciplina" (p. 15). Esta última, permitirá descubrir el verdadero valor de la lingüística contemporánea, que a partir "de 1968, al menos en apariencia, ha cambiado mucho" (p. 16).

La doctrina lingüística que expone el autor a lo largo de la obra es básicamente la de André Martinet: afirma que "lo que hemos tratado de proponer en las páginas que siguen es, en gran medida, una introducción a la práctica de los *Éléments*". Esto nos permite reconocer, a cada paso, las teorías europeas al respecto.

El problema de la naturaleza del lenguaje humano ocupa aproximadamente la primera mitad del libro; la segunda parte está dedicada al análisis lingüístico. En la primera, plantea la necesidad de distinguir entre el lenguaje y la comunicación como primer paso para encontrar los diferentes elementos que confluyen en el acto del *habla*. Así, precisa que lo esencial del fenómeno lingüístico no es ni el origen arbitrario del signo, ni la consideración de éste dentro de un sistema; tampoco la realización lineal que tiene el mensaje o el carácter discreto del signo, sino que lo fundamental —dice— es la unión de la primera y segunda articulaciones, que permiten una gran economía de elementos. Esta doble articulación se complementa con los prosodemas o unidades suprasegmentales.

Ciertamente —afirma— la función primordial del lenguaje es la comunicación, pero la lingüística actual ha llegado a señalar otras más: las funciones *expresiva*, *apelativa*, *de elaboración del pensamiento*, *estética* o *poética*, *metalingüística* y *fática*.

Después de estas consideraciones preliminares sobre lingüística general, dedica el autor la segunda parte al estudio del análisis lingüístico. Opone la descripción tradicional a la estructural en cuanto que descarta los principios de *materia* y *forma*, que regían a la primera, como únicos elementos descriptivos, por considerarlos "incapaces e insuficientes para proporcionar un análisis y una clasificación científicas satisfactorias". La nueva lingüística introduce la noción de *pertinencia*. Este concepto permite clasificar los elementos que se analizan bajo un solo punto de vista, evitando así la posible concurrencia de consideraciones ajenas a los intereses de la ciencia que los analiza. De acuerdo con ello, un rasgo descriptivo es

pertinente cuando está dentro del punto de vista que caracteriza a la ciencia que lo estudia. Esto nos permite afirmar que, aunque el lenguaje puede estudiarse desde aspectos distintos, el análisis propiamente lingüístico consistirá en descubrir y analizar en él los rasgos comunicativos; éstos son los elementos pertinentes para el lingüista.

La ciencia que trabaja con los elementos mínimos comunicativos es la fonología. Su objeto es aislar los fonemas que componen el discurso; identificarlos y clasificarlos. También se ocupa de la descripción de los prosodemas. En el estudio de la frase —nos dice Mounin— la sintaxis tradicional carecía también de la noción de *pertinencia*; había aglomerado multitud de fenómenos ciertos, pero imposibles de clasificar de manera satisfactoria, porque mezclaba diferentes principios de análisis: (formal, semántico, acumulativo). “Meillet (le) reprochaba perderse en una polvareda de explicaciones” (p. 96).

Como respuesta a la sintaxis atomista tradicional, el estructuralismo ha presentado diferentes soluciones. Entre las más importantes están la sintaxis *distribucional*, la *transformacional*, la *generativa* y la *funcional*. Cada una intenta nuevos métodos para explicar globalmente el fenómeno ordenatorio que se realiza en el lenguaje humano.

Habla después de la ciencia de las significaciones lingüísticas: la semántica. En ella, los principios estructuralistas han encontrado serias dificultades a su aplicación, quizá porque los parentescos estructurales en el nivel del significado no llevan, necesariamente, una marca formal: “hormiga, mariposa, cigarra, grillo, etc.” (p. 117). La superación de este problema ha hecho surgir diferentes teorías: el *análisis componencial*, la *teoría contextual*, enunciada por Meillet, y la *teoría situacional*, propuesta por Bloomfield.

Por último, nos dice Mounin que la estilística es la rama del lenguaje que está menos desarrollada. Si el problema del significado ha puesto serios obstáculos al análisis estructural, el problema del estilo parece agudizar más estas dificultades. Sin embargo, teorías tan felices como las de Jakobson y Martinet parecen ir venciendo paulatinamente el misterio que representa, en la actualidad, el hecho de que determinados mensajes, que llamamos poéticos, produzcan en nosotros efectos sorprendentes y distintos a los miles de mensajes que recibimos ordinariamente.

Un libro, pues, pedagógicamente útil, lingüísticamente firme, además de ordenado y puesto al día, dentro de las limitaciones propias de su concepción.

ANTONIO ALCALÁ ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

JEAN B. FAGES, *Para comprender el estructuralismo*. Buenos Aires, Ed. Galerna, 1970; 172 pp.

Este volumen se propone informar sobre los principios que rigen el análisis estructural como método de investigación. Lo analiza bajo tres puntos de vista: *los modelos, las reglas y los diversos campos de aplicación*. "Surgió el libro —dice el autor— de un proyecto restringido, deliberadamente limitado: comprender y traducir en términos claros, accesibles a los no-iniciados, las principales reglas del análisis estructural y sus principales campos de aplicación" (p. 7).

El punto de partida es el concepto de *estructura*, entendido como la designación de solidaridades, de ordenamientos y dependencia recíproca entre dos o varios rasgos de una lengua que guardan relación de oposición. Como consecuencia, hace suya la definición de *estructuralismo* que proporciona el *Petit Larousse*: "Teoría lingüística que considera la lengua como un conjunto estructurado en el que las relaciones definen los términos" (p. 11).

En la primera parte, *los modelos*, analiza Fages los elementos y los principios de funcionamiento que rigen *la semiología y la semántica*. El estudio de la semiología lo ordena, siguiendo a Roland Barthes en sus *Éléments de Sémiologie*, de la siguiente manera: 1) Lengua y habla; 2) Significante y Significado; 3) Sistema y Sintagma; 4) Denotación y connotación; 5) Lenguaje-objeto y metalenguaje. Habla después de la influencia decisiva de Ferdinand de Saussure como precursor y ordenador de los fundamentos estructuralistas. Añade, además, las aportaciones posteriores, sin mencionar el autor o la procedencia que han tenido, lo que impide aclarar algunos conceptos de importancia.

Al tratar *la semántica*, menciona el momentáneo abandono que sufrió esta ciencia debido, entre otras razones, a la aten-